

Alberto Martín-Aragón Álvarez

HACÍA demasiado calor, el sol me miraba con desprecio, las nubes delgadas no deseaban protegerme de la hiriente claridad, así que decidí refugiarme en el cine de mi infancia, el único cine que seguía abierto en el pueblo y que, por razones que desconozco y que siempre desconoceré, proyectaba la misma película desde hacía décadas. Yo había dejado mi pueblo a los veinte años y había retornado a él a los cincuenta porque deseaba envejecer junto a las ruinas de mi infancia. Me senté en una butaca de la tercera fila y estuve hablando conmigo mismo alrededor de cinco minutos mientras desfilaban por la pantalla algunos anuncios de restaurantes y de tiendas. Reparé en que no había nadie más en la sala, pero no me sorprendió. Desde hacía tiempo yo era la única persona que frecuentaba aquel cine cadavérico. Y entonces se apagaron todas las luces. Y del suelo empezó a emanar un olor a tierra. Me quedé de pronto petrificado al ver en la pantalla no la película de siempre, sino una habitación de paredes color ratón en cuyo centro se erguía la mujer que me había enseñado a hablar. La mujer permanecía en silencio y me miraba sonriente y cariñosa como una bruja de cuento que pretendiera engatusar a unos niños extraviados en un bosque. ¿Qué hacía allí mi madre? Le pregunté si se encontraba bien y ella asintió. Durante una hora (o quizá un día) estuvimos intercambiando miradas de ternura y de tristeza. Cuando abandoné el cine, era de noche y el pueblo había desaparecido. Ante mí se extendía un desierto golpeado por la respiración de una luna arrogante. Me puse a caminar sin un rumbo concreto. Todavía sigo caminando. A veces tengo la impresión de que una audiencia invisible me observa con burla y lástima.